

RICHARD J. EVANS

GENTE DE HITLER

**LOS ROSTROS DEL
TERCER REICH**

RICHARD EVANS SE ALEJA DEL MITO
PARA PRESENTARNOS UN RETRATO
REALISTA DE LOS HOMBRES Y
MUJERES QUE SIRVIERON Y
PERPETRARON EL TERCER REICH

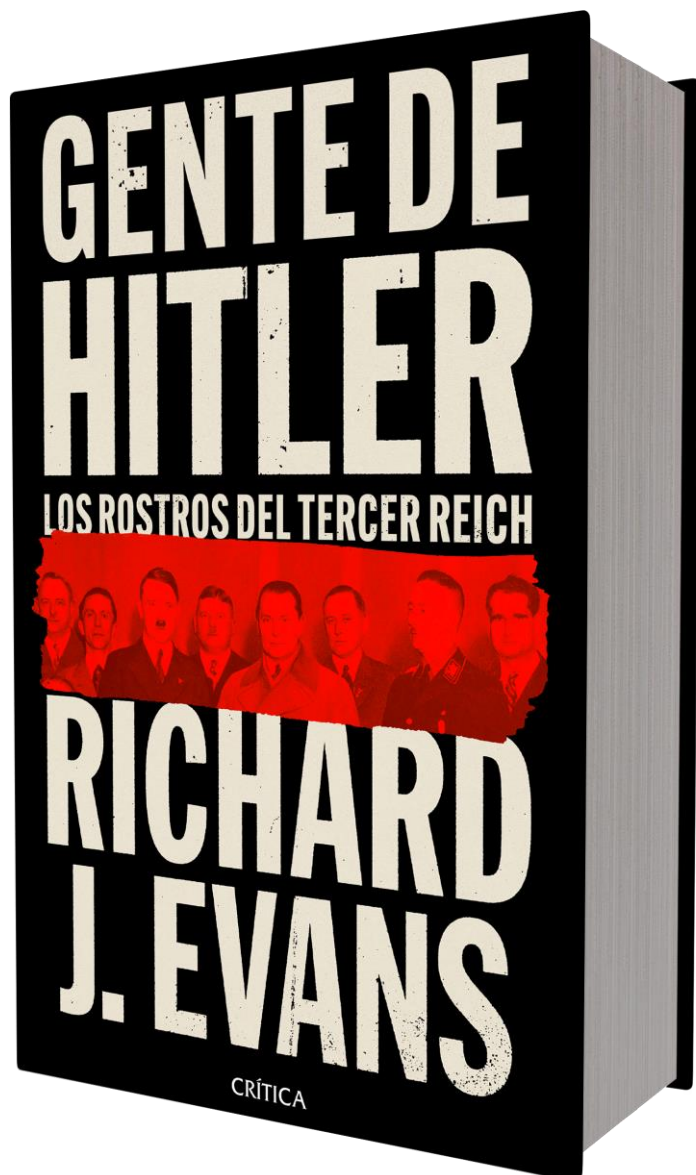
**A LA VENTA EL
30 DE OCTUBRE**

**MATERIAL EMBARGADO
HASTA PUBLICACIÓN**

VISITA AUTOR MADRID
AGENDA DE ENTREVISTAS
6-8 NOVIEMBRE

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:

Laura Fabregat Farran
Responsable de Comunicación
Área Ensayo
682 69 63 61 /
lfabregat@planeta.es



SINOPSIS

Richard Evans se aleja del mito para presentarnos un retrato realista de los hombres y mujeres que sirvieron y perpetraron el Tercer Reich

Por qué tantos alemanes participaron en los crímenes de la Alemania nazi? ¿Cómo llegaron a apoyar a Hitler y a seguirle casi hasta el final? Durante demasiado tiempo se ha presentado a los nazis como poco más que psicópatas o criminales. En esta nueva e importante obra, Richard J. Evans —una de las autoridades más destacadas del mundo sobre el Tercer Reich— se sirve de una gran cantidad de nuevas pruebas recientemente desenterradas para quitar el barniz de mito y leyenda de los rostros del Tercer Reich y presentar una visión más realista de los perpetradores nazis como seres humanos que eran inquietantemente parecidos a nosotros.

En círculos concéntricos Evans ofrece retratos nuevos, redondos, frescos y a menudo sorprendentes de los hombres y mujeres que crearon y sirvieron a la Alemania nazi, empezando por el propio Hitler y siguiendo por figuras destacadas como Göring, Goebbels y Himmler, ejecutores de las órdenes de Hitler como Eichmann y Heydrich, propagandistas como Leni Riefenstahl, perpetradores de bajo nivel como la tristemente célebre Irma Grese y simpatizantes y compañeros de viaje desconocidos que ayudaron al régimen de innumerables maneras.

Gente de Hitler es una obra escalofriante y brillantemente escrita que permite al lector comprender la textura y los valores del Tercer Reich y hasta dónde son capaces de llegar los individuos cuando han desaparecido tantas limitaciones morales normales.

EL AUTOR

RICHARD J. EVANS ([@RichardEvans36](#)) es una de las autoridades más destacadas del mundo sobre el Tercer Reich. Es catedrático emérito de Historia en la Universidad de Cambridge y rector del *Gresham College* de la ciudad de Londres. Ha ganado numerosos premios por sus libros, entre ellos el Premio *Wolfson* de Historia, el Premio y la Medalla *Leverhulme* de la Academia Británica y la Medalla Cívica de Hamburgo para las Artes y las Ciencias.

En 2012 fue nombrado caballero por los servicios prestados a la erudición. Es autor de numerosos libros sobre la historia moderna de Alemania y Europa, los más recientes *La lucha por el poder: Europa 1815-1914* (Crítica, 2017) y *Hitler y las teorías de la conspiración* (Crítica, 2021). Alcanzó el éxito mundial con su trilogía *La llegada del Tercer Reich* (Península, 2005), *El Tercer Reich en el poder* (Península, 2007) y *El Tercer Reich en guerra* (Península, 2011).



EXTRACTOS DE LA OBRA

«¿Cómo explicamos el ascenso y triunfo de los tiranos y charlatanes? ¿Qué hace que a alguien quede atrapado por el deseo extremo de poder y dominación? ¿Por qué esos hombres —casi siempre son hombres— logran reunir en torno de sí a discípulos y adeptos que ejecutan sus órdenes? ¿Acaso el conjunto de los valores morales de la sociedad es tan débil, o está tan pervertido, que la disposición a violar los preceptos convencionales de la decencia humana acaba por no conocer límites? Ante esta situación inquietante, son muchas las personas que buscan respuestas en el pasado. El paradigma del hundimiento de la democracia y triunfo de la dictadura sigue siendo el destino de la República de Weimar y el ascenso de los nazis en Alemania.»

«El surgimiento en nuestro propio tiempo de una clase de políticos populistas sin escrúpulos, que no se preocupan por la veracidad de lo que dicen, y el crecimiento ingente de internet y las redes sociales han fomentado una incertidumbre mucho mayor sobre la verdad, unida al desprecio por las afirmaciones basadas en pruebas y por los estudios de los expertos y académicos. Todo esto me ha llevado a reflexionar sobre mi trabajo anterior y, al preparar el presente libro, he tenido ocasión de reconsiderar y, en algunos casos, matizar las conclusiones a las que había llegado entonces. Volver a la historia de la Alemania nazi desde un ángulo distinto —el biográfico— ha resultado ser una experiencia tan fascinante como agradecida.»

«El libro se estructura en cuatro partes. La primera examina de nuevo la carrera y las ideas de Adolf Hitler, el Líder; en la segunda dirigimos la atención hacia el círculo inmediato de sus subordinados; la tercera parte incluye relatos sobre quienes hicieron posible y llevaron a la práctica la ideología nazi; y la cuarta y última parte pasa revista a una diversidad de perpetradores e instrumentos del régimen, sin relevancia en la jerarquía. No se trata de un diccionario biográfico, sin embargo; es más bien una recopilación de ensayos biográficos interrelacionados y de reflexiones sobre personalidades individuales.»

PRIMERA PARTE I EL LÍDER

Primeros años

«En contra de lo que [*Mein Kampf*] sugiere, no creció en condiciones de pobreza; tampoco parece que su padre Alois fuera alcohólico. Sin embargo, al parecer el padre recurría a los castigos corporales más de lo que era habitual en el Austria de finales del siglo XIX y no cabe duda de que, cuando Hitler afirmó que temía a su padre más de lo que lo amaba, estaba diciendo la verdad.»

«En *Mein Kampf* también sostuvo que en Viena desarrolló un antisemitismo radical, pero esta idea la desmiente el hecho de que, en los años que pasó en esa ciudad [de 1908 a 1913], mantuvo buenas relaciones con diversos judíos. En realidad no hay pruebas fiables de que en esa época odiara a los judíos o tuviera interés por la política.»

«Más adelante Hitler afirmó que la revolución de 1918 era la responsable de que él hubiera entrado en política. Se trata no obstante de una simplificación exagerada; su entrada en política fue más bien un proceso gradual. No hay razones para poner en duda que se sintió conmovido al recibir la noticia de la derrota de Alemania y las condiciones del Armisticio; pero en la práctica aún tardó muchos meses en tomar alguna iniciativa política.»

Despertar a la política

«No tardó en llamar la atención sobre sí por lo que un oyente calificó de “fanatismo” y por su evidente popularidad con las audiencias [...]. Para Hitler la política era la guerra librada con otros medios. Cuando se presentaba a sí mismo, durante el resto de su vida, siempre hacía hincapié en los años pasados como simple soldado del frente, como una persona del pueblo solo que con uniforme militar.»

«Hitler redujo la compleja realidad de la política a una serie de fórmulas simples. Todo se reducía al bien o al mal, a lo correcto o lo incorrecto; todo era absoluto; todas las soluciones eran definitivas. Sabía hablarle a la gente de la calle con sus propias palabras y observaba atentamente al público mientras se dirigía a él para aprender qué funcionaba y qué no. A veces proyectaba su figura mediante un lenguaje casi religioso y, por ejemplo, prometía que cuando él alcanzara el poder forjaría “un imperio de fuerza, de grandeza y de gloria” o anunciaba, con términos seudocristianos: “Pues sí, yo cargaré con el sufrimiento de mi pueblo”.»

«[Tras el alzamiento de Munich de 1923] Hitler había descubierto un objetivo para su vida, objetivo para el cual no tardaría en quedar claro que él reunía los talentos ideales. Pero, justo después del fracaso del alzamiento, quedó sumido en una honda depresión. Por primera vez — pero no la última — se tiene constancia de que sopesó suicidarse. Sin embargo, pronto cayó en la cuenta de que el juicio inminente supondría una buena ocasión de reivindicar su figura. El gobierno de Baviera logró que el proceso se trasladara a Múnich y recayera sobre un juez con simpatías políticas hacia los acusados.»

«Otra figura que influyó de forma destacada en los nazis fue Mustafá Kemal Pachá, el líder militar y político nacionalista turco, más conocido posteriormente como Kemal Atatürk [...]. Un elemento que atrajo en particular a los nazis fue la decisión de Atatürk de trasladar la capital de Constantinopla —donde la corrupción se le antojaba incorregible— a Ankara, un entorno a su juicio más limpio y puro. En el caso de Hitler, la Ankara de Alemania era Múnich, mientras que Berlín era su Constantinopla.»

Tiempos revueltos

«El uso de la violencia política organizada no era en ningún caso exclusivo de los nazis: la política se había militarizado a consecuencia de los cuatro años de guerra y el posterior período de conflictos armados en múltiples lugares de Europa, desde Irlanda hasta Silesia. La irrupción del comunismo, nacido en la violencia de la Revolución Bolchevique y resuelto a derribar la democracia “burguesa” y el orden social imperante, contribuyó a radicalizar los antagonismos políticos.»

«En sus ataques contra el mundo de los grandes negocios hizo siempre cuidadoso hincapié en que solo criticaba las grandes corporaciones judías.»

«Quienes más se beneficiaron de la crisis económica no fueron los comunistas, sino los nazis. Comenzaron a prescindir de la clase obrera —a la que desde luego no habían logrado atraer, en contra de lo que esperaban— y se dirigieron hacia los votantes protestantes de las zonas rurales, donde habían obtenido resultados mejores que en cualquier otro ámbito, aun sin apenas esforzarse. Empezaron a quitar importancia a los elementos “socialistas” de su programa, explicando que su “socialismo” aspiraba tan solo a proteger al individuo mediante una comunidad nacional, y a cortejar con ello a la clase media. Esta nueva táctica no tardó en darles dividendos. A principios de 1930, en las elecciones regionales del estado federado de Turingia, los apoyos crecieron hasta situarse por encima del 11 % de los votos.»

«La propaganda del Partido no conocía límites y desacreditaba a los rivales con mentiras descaradas y afirmaciones falaces; aunque los afectados respondieron a menudo llevando a juicio las calumnias de los nazis, no parece que esto hiciera menguar sus efectos, que fueron importantes.»

«Hitler repitió hasta el aburrimiento la afirmación de que la elección era muy simple: o nazismo o “marxismo”. “¡O lo uno o lo otro! ¡O Alemania es alemana o será bolchevique!”.»

Rasgos de personalidad

«A sus poco más de cuarenta años, Hitler había logrado por fin gozar de alguna forma de estabilidad personal en su vida. Lejos de ser una persona fría, asexual y carente de emociones — como la han imaginado muchos historiadores—, siempre había sido susceptible al encanto femenino. Es bien sabido que se sentía próximo a cierto número de mujeres mayores, por lo general acaudaladas y bien situadas.»

«Hitler insistió a menudo en que había sacrificado su vida privada por amor al país; demasiados historiadores han dado crédito a una afirmación que se corresponde muy poco con la realidad.»

«[Eva Braun] se sentía a la vez encerrada y olvidada, e intentó quitarse la vida en dos ocasiones, lo que amenazaba con provocar otro escándalo. Hitler cedió y empezó a consentir que le acompañara en público, aunque con las funciones de “secretaria” o “miembro del equipo”.»

«Hitler tenía la desconcertante costumbre de fijar la mirada en la persona con quien hablaba, a veces con calidez, otras veces con frialdad, siempre con hipnotismo.»

«Sus pasiones privadas —el cine, Wagner, los coches rápidos, la planificación de edificios magnos— se reflejaron en algún caso en las medidas que su gobierno adoptó; pero no hizo mayor gala de su práctica vegetariana y abstemia, salvo para reforzar la imagen deliberada de un hombre que renunciaba a los placeres personales por su labor política. Esto no le impidió entregarse al gusto que le reportaban los pasteles de nata; por otro lado, el disgusto que le provocaba el humo del tabaco —en una época en la que prácticamente todo alemán adulto era adicto a los cigarrillos— se reflejó en la prohibición de fumar en los edificios públicos nazis.»

«Hitler creía en Dios, según dijo el 24 de febrero de 1940 en un discurso en el que, no obstante, en los cuatro párrafos siguientes “Dios” cede su puesto a una “Providencia” que se menciona en no menos de siete ocasiones. A juzgar por lo que se recoge en Las conversaciones privadas, en 1941-1942 hizo hincapié varias veces en la creencia de que el nazismo no era un culto, sino un movimiento científico que con el paso del tiempo sustituiría al cristianismo.»

Llegada al poder

«Su popularidad se debió a la calamidad económica de la Depresión, en la que la población, desesperada, se sintió atraída por las propuestas radicales de los nazis. Aun así, Hitler, en las elecciones nacionales libres, nunca fue más allá de algo más de un tercio de los votos. Sin embargo, esto bastó para convencer a las élites resentidas del ámbito nacionalista y conservador

de que, si incorporaban a los nazis al poder, dispondrían de la legitimidad política necesaria para hacer realidad su meta de destruir la democracia de Weimar e instaurar una versión actualizada del autoritarismo guillermino. Sin la colaboración de esas élites el líder nazi nunca habría podido poner las manos sobre las palancas del poder.»

«Con sus maniobras, Hitler había dejado fuera de juego a los socios conservadores de la coalición. Estos habían empezado por aplaudir sus medidas —en particular el fin de la democracia parlamentaria y la supresión del movimiento sindical—, pero con el tiempo, cuando comprendieron que ellos también estaban en la diana y empezaron a criticar a sus consocios por la violencia y los desórdenes, era demasiado tarde.»

«Si los detalles de la economía y las finanzas le interesaron poco, en cambio abundó en su deseo de “motorizar” Alemania. El 1 de febrero de 1933 —cuando no hacía ni quince días que era canciller— inauguró en Berlín una exposición internacional de vehículos a motor que hacía tiempo que se proyectaba; su discurso destacaba por el entusiasmo hacia un medio de transporte que entonces era aún relativamente nuevo [...]. Su concepto de “coche popular” (Volkswagen), nuevo y asequible, se tradujo en el famoso “escarabajo”, diseñado por Ferdinand Porsche a partir de esbozos del propio Hitler.»

Políticas genocidas

«Para Hitler, aunque en público exclamara: “¡Todo lo que firmemos lo cumpliremos de un modo absoluto y leal!”, los acuerdos internacionales eran simples papeles que podían hacerse trizas cuando ya no resultaran necesarios.»

«En abril de 1938 Hitler ya había empezado a planear la invasión de Checoslovaquia, y aquí no hizo amago de ocultar su intención: alegó que la importante minoría étnica alemana del país vivía oprimida, una minoría a la que se había esforzado por invitar a sumarse al Partido Nazi y emprender una campaña de obstrucción y subversión contra el gobierno democrático checoslovaco.»

«Delante de la opinión pública nacional e internacional, Hitler justificó la invasión de Polonia, el 1 de septiembre de 1939, con el argumento poco plausible de que los polacos habían atacado varias instalaciones fronterizas alemanas. Eran ataques falsos: se había vestido con uniformes polacos a internos de los campos de concentración nazis, se los había asesinado con inyecciones letales y se había abandonado sus cuerpos en la escena, como “prueba”.»

«En sus pronunciamientos públicos Hitler insistía hipócritamente en que él solo deseaba la paz. Pero al mismo tiempo aseguraba: “Nuestro mandamiento supremo es garantizar que Alemania disponga de más espacio vital”. Su país tenía derecho a poseer más “espacio vital” por la mayor “calidad de vida” del pueblo alemán, por su energía, por su inventiva.»

«Desde el primer momento la guerra contra Polonia fue de tipo genocida, una guerra que Alemania libraba por la sola razón de estar convencida de la superioridad racial de su puesto.»

Un militar mediocre

«Hitler no fue ningún genio militar, por mucho que se afirmara —y él mismo afirmara— repetidamente lo contrario: carecía tanto de experiencia militar como del mínimo de sutileza estratégica o táctica. Tampoco poseía ninguna experiencia de mando. Para él, como siempre, todo se reducía a la voluntad. Toda retirada o redistribución de las fuerzas era un signo de debilidad. Era imprescindible defender a muerte todas y cada una de las posiciones, por desesperada que fuera la situación. Nunca se planteó rendirse ante “la conspiración de los judíos, capitalistas y bolcheviques”.»

«En privado tendía a explayarse contra los generales tan a menudo y con tal visceralidad que incluso Goebbels comentó que sus diatribas solían ser injustas. Hitler llegó a elogiar a Stalin por haber ejecutado por “traición” a uno de sus grandes generales —el mariscal Tujachevski, en 1937—, un ejemplo que sin duda le gustaría haber seguido.»

El principio del fin

«Como era quizá inevitable, durante el otoño y el invierno de 1944 Hitler empezó a manifestar signos externos de que la presión afectaba sus nervios. El 28 de septiembre de 1944 se desplomó y tuvieron que llevarlo a la cama. No se levantó de su lecho hasta el 11 de octubre. Con el paso del tiempo, su médico personal, Theo Morell, acabó por recetarle al dictador una serie muy larga y diversa de medicamentos.»

«No hay pruebas ni de que Hitler fuera adicto a drogas o medicamentos, ni de que estos le empañaran el juicio. 219 Ninguno de sus médicos, no obstante, logró detener o siquiera ralentizar los efectos de la enfermedad de Parkinson.»

«El atentado con bomba de julio de 1944 también hizo mella en su salud. A principios de 1945, según información posterior de Albert Speer, “se había marchitado como un anciano.»

«El 29 de abril de 1945 le mostraron fotografías del cadáver desnudo de Mussolini, colgado cabeza abajo en el pórtico de una gasolinera, junto al cuerpo de su amante, Clara Petacci, y Hitler le comunicó a su personal, durante la cena, que él estaba resuelto a evitar un destino similar. Su cuerpo debía incinerarse de modo que no quedara ningún resto. Al acabar la cena repartió cápsulas de cianuro entre sus asistentes. “Lamento mucho —les dijo— no poder ofrecerles un regalo de despedida mejor”.»

SEGUNDA PARTE | LOS PALADINES

«Hitler ha sido descrito a menudo como un solitario, un hombre que no se relacionaba con el resto de la sociedad. Sin embargo, aunque se complacía en proyectar una imagen de espléndido aislamiento y de ser intocable para el conjunto de la sociedad, en realidad entre bambalinas ansiaba la compañía humana y se creó una suerte de corte privada. Eran las personas con las que, en especial durante la década de 1920, le gustaba tomar asiento en restaurantes y cafés, o bien socializar en sus casas. Se incluían entre esas personas sus chóferes y guardaespaldas, como Erich Kempke, Emil Maurice y Julius Schaub; conocidos políticos de una primera fase, como Anton Drexler, Hermann Esser y Dietrich Eckart, que no le siguieron hasta el final por unas razones u otras; Heinrich Hoffmann, su fotógrafo; y sus mecenas y baluartes financieros, tales como Winifred Wagner, Hugo y Elsa Bruckmann o Helene Bechstein. Este era el séquito inicial. Algunos miembros —como Ernst “Putzi” Hanfstaengl, el edecán Fritz Wiedemann; los sucesores de este, Julius Schaub, Gerhard Engel y Nicolaus von Below; sus médicos, como Karl Brandt y esposa y, más adelante, Theo Morell— interpretaron un papel similar cuando el séquito personal de Hitler se trasladó al Berghof. Una parte de la élite del poder también se movía en este mismo círculo social: en particular, Joseph Goebbels y Albert Speer. Eva Braun, junto con sus amigos e hijos, proporcionó algo relativamente semejante a una vida familiar. Quienes sobrevivieron a la guerra mantuvieron el contacto estrecho y compartieron la convicción de que, aunque ellos habían sido figuras ajenas a la política, habían recibido un trato injusto por parte de los Aliados victoriosos y sus agentes. Pero ninguno se disoció nunca de Hitler, de su ideología extremista o de sus acciones criminales mientras este vivió, y ninguno le discutió siquiera nunca sus ideas; antes al contrario, al ofrecerle un medio de apoyo estable, lo respaldaron. Pusieron a su disposición un mundo privado en el cual podía relajarse sin preocuparse por su imagen pública.»

Hermann Göring

«Durante cierto tiempo, la carrera política de Hermann Göring justificó que se le considerase como “el segundo del Tercer Reich”. En efecto, durante la década de 1930 y hasta bien entrada la guerra, su energía y ambición le aseguraron una posición entre la élite política nazi. En su breve reaparición en los juicios de Núremberg reveló una vez más su poderosa personalidad. Entre todos los líderes del Tercer Reich fue el único que, al menos durante los años treinta, logró presionar a Hitler para que actuara cuando este mostraba signos de vacilación. En una medida superior a la de casi cualquier otro líder nazi, Göring asentó y mantuvo una situación de independencia con respecto a Hitler, que le permitió actuar una y otra vez por propia iniciativa. Nunca estuvo cerca del líder nazi en el aspecto personal, ni formó parte del círculo social íntimo de Hitler; los dos hombres se trataron casi siempre con formalidad, sin pasar del respetuoso usted (*Sie*, en alemán) al tú (*Du*) más amistoso. Sin embargo, Göring siempre necesitó de la aprobación de Hitler y —al igual que tantos otros— en los temas cruciales cedió a la voluntad del líder nazi. En materia de política exterior insistió en desarrollar una estrategia más próxima a la posición de los nacionalistas conservadores, adoptada por los generales y políticos a los que Hitler apartó con brusquedad cuando decidió acelerar los preparativos de la guerra, en 1937-1938.»

«Su brutalidad —evidente en episodios como la Noche de los Cuchillos Largos—, su ambición implacable, su vanidad, su corrupción, su indiferencia ante el sufrimiento humano y el desprecio hacia las buenas costumbres de la conducta humana, entre otras características, hicieron que diversas personas, como Gustave Gilbert, el psicólogo penitenciario, lo calificaran de psicópata. Pero reducirlo todo a una patología personal resultaba demasiado simple. Si un hombre como Göring pudo alzarse casi hasta la cumbre absoluta del poder, fue solo porque habitaba en el universo moral retorcido del Tercer Reich.»

Joseph Goebbels

«El suicidio de Goebbels demostró —si hacía falta aún demostración— su dependencia total de Hitler, más aún: su plena identificación con él. En la fase inicial del Tercer Reich había definido la tarea de la propaganda como: escuchar el alma del pueblo alemán y amplificarla de modo que volviera a él. Pero bien podría haberla definido como entregarse a escuchar el alma de Hitler y amplificarla para que llegara a oídos del pueblo alemán. Goebbels, en otras palabras, no solo se mostraba servil con el líder nazi; le parecía necesario adivinar también sus intenciones y reforzarlas y animarlo a hacerlas realidad. Su responsabilidad con respecto al exterminio de los

judíos no se limitó a justificarlo mediante la propaganda pública, tanto de antemano como durante su ejecución; también lo impulsó desde sus cargos.»

Ernst Röhm

«En la infame Noche de los Cuchillos Largos, que en la práctica se extendió del 30 de junio al 2 de julio de 1934, Hitler, acompañado por Goebbels y un escuadrón de hombres de la SS, asaltó el hotel de Bad Wiessee (en los montes de la Alta Baviera) donde Röhm y varios altos cargos de las SA se preparaban para una conferencia. Hitler irrumpió en el dormitorio de Röhm y, con un látigo en la mano, anunció que lo detenía por traición. Se condujo a Röhm y a otros líderes de los camisas pardas a la cárcel muniquesa de Stadelheim. Mientras Göring dirigió una oleada de arrestos y asesinatos en Berlín, incluidas también varias figuras del ámbito conservador, por su parte Hitler acusó a Röhm de estar preparando un golpe de Estado y, por lo tanto, de haber cometido traición.»

«A la hora de justificar la Noche de los Cuchillos Largos, Hitler —y el aparato propagandístico de Goebbels— hizo también una referencia velada, pero inconfundible, a la homosexualidad de Röhm y otros varios líderes de los camisas pardas. Los historiadores han tendido a quitar hierro a esta faceta de sus vidas, quizá porque no han sabido cómo relacionarla con la política. Los estudios pioneros sobre fascismo y sexualidad que escribió el difunto George L. Mosse han superado esta reticencia, no obstante, ayudados por la emergencia de ensayos serios sobre la homosexualidad y las relaciones de género en el pasado.»

«El asesinato de Röhm, con la publicidad posterior, que causó algún daño al movimiento nazi —al parecer había tolerado, o incluso fomentado, la homosexualidad en sus filas—, dio a Himmler la oportunidad de impulsar a los nazis en una dirección diametralmente opuesta en la que la homosexualidad masculina —aunque esto no se correspondiera con la realidad, como demuestra el ejemplo del propio Röhm— se entendía como un signo de afeminamiento y debilidad.»

TERCERA PARTE | LOS APODERADOS

«Un segundo estrato de figuras situadas fuera del *locus* central del poder desempeñó también una parte importante —aunque a la postre subordinada— en esta historia. Se incluyen tanto personas que acompañaron a Hitler desde los primeros años como otras que adquirieron prominencia más adelante. Algunos de ellos, como Rudolf Hess o Franz von Papen, ocuparon posiciones de protagonismo público que no se acompañaban, sin embargo, de un poder político

real; otros como Adolf Eichmann o, hasta su traslado a Praga, Reinhard Heydrich actuaron sobre todo entre bambalinas, esquivando la publicidad y evitando aparecer en la maquinaria mediática de Goebbels. Por último, otros, como el editor de prensa antisemita Julius Streicher, el gobernador general de la Polonia ocupada, Hans Frank, o el líder del Frente de Trabajo, Robert Ley, se movieron en una esfera de influencia particular, en gran medida separada de la dirección global del régimen en su conjunto. Lo que unió a todos ellos fue la lealtad hacia Hitler y las ideas que impulsaban al Partido Nazi.»

«El nazismo habría atraído sobre todo a la gente crédula, de manipulación más fácil, según esta teoría. Por desgracia para este punto de vista, lo cierto es que muchos nazis no fueron estúpidos ni ignorantes, sino gente culta y bien informada. En la década de 1920 uno de los grupos más susceptibles a las zalamerías de Hitler y su partido fue precisamente el de los estudiantes universitarios.»

Rudolf Hess

«Aunque la familia vivía cómodamente, no pertenecía ni a la clase de los propietarios ni a la clase media culta, sino que se hallaba un peldaño por debajo. Hacerse con el monóculo fue por lo tanto un signo más —el más llamativo— de las aspiraciones sociales del joven Rudolf Hess, que deseaba medrar.»

«Desde el punto de vista de Hitler, Hess tenía la enorme ventaja de poseer múltiples habilidades adquiridas durante el aprendizaje de la carrera de Comercio, entre ellas la taquigrafía y la mecanografía; y durante los meses y años siguientes —mientras el Partido Nazi era aún una organización minoritaria y con problemas de financiación— hizo un uso extenso de esos conocimientos.»

«Hess contribuyó mucho a reforzar la autoridad de Hitler dentro del Partido y popularizó el saludo Heil Hitler! y la invocación Mein Führer cuando se hablaba con el Líder.»

«Los riesgos de emprender una guerra en dos frentes eran obvios. Si él lograba acordar una paz bilateral con Gran Bretaña, salvaría a Alemania de esos riesgos y recuperaría el aprecio de Hitler. Uno de sus astrólogos lo confirmó en su intención al predecirle, a finales de 1940, que se le había elegido para traer la paz [...]. A las 5:45 de la tarde del 10 de mayo de 1941 Hess subió a la cabina de un Messerschmitt Me110 [camino de Escocia, donde el avión se estrelló y Hess fue capturado]. En Alemania, Hitler, horrorizado por la iniciativa, juró que ahorcaría a Hess si una invasión nazi lograba tomar las islas. Hess fue encarcelado en la Torre de Londres y

posteriormente se lo trasladó a un hospital mental vigilado, en el sur de Gales. Acabada la guerra se lo juzgó en Núremberg y condenó a cadena perpetua.»

CUARTA PARTE | LOS INSTRUMENTOS

«Aunque relativamente pocos eran fanáticos del nazismo, aun así la gran mayoría respaldó a Hitler, ya fuera expresa o tácitamente, porque lo veían como un garante del orden social, el orgullo nacional, la estabilidad económica y la tradición cultural, elementos que, a su juicio, habían quedado desprotegidos durante la República de Weimar. No solamente los médicos y los juristas —cada gremio, con sus propias particularidades—, sino que el modelo se repitió entre otros profesionales. Lo mismo ocurrió en el mundo de la empresa, desde las pequeñas a las grandes. El nazismo no fue una ideología de personas sin cultura o sin éxito.»

«Todos ellos pudieron elegir; a ninguno se le obligó a hacer lo que hizo. Pero de un modo u otro rindieron su autonomía moral ante Hitler, de forma voluntaria. No todas las personas cuyas vidas se narran en esta sección fueron fanáticas del nazismo, en ningún caso. Pero todas ellas suscribieron sus principios centrales. Esto abrió la puerta a que algunas de esas personas, como por ejemplo Ilse Koch o Irma Grese, usaran el poder que manejaban —el de ser la esposa del comandante y el de ser la supervisora del campo de concentración, respectivamente— para desatar instintos deleznales y violentos contra los presos, instintos que les labraron una fama negativa que superó con mucho la de la mayoría de los hombres que actuaron como oficiales o guardias del campo. Sin embargo, las llamas de esa notoriedad también se avivaron —de forma demostrable— por la percepción de que, al participar en los crímenes del Tercer Reich, esas mujeres violaban radical y extremadamente las normas de género y las expectativas sobre su conducta. A Koch y a Grese, en particular, se las demonizó hasta un punto verdaderamente extraordinario. Otras mujeres nazis —en especial la estrella de cine Leni Riefenstahl, directora del célebre documental propagandístico nazi *El triunfo de la voluntad*— lograron que, durante mucho tiempo, el recuerdo de sus crímenes pasara a un segundo plano y pudieran forjarse una nueva carrera. Si Riefenstahl se distanció del nazismo después de 1945, la que fue bautizada como “Lideresa de las mujeres del Reich”, Gertrud Scholtz-Klink, no solo no se esforzó por hacerlo, sino que hasta el día de su muerte siguió defendiendo el papel que había desempeñado en el Tercer Reich. Incluso una mujer de clase media, casada con un hombre al que el régimen calificaba de “plenamente judío” —la maestra de escuela Luise Solmitz, de Hamburgo, cuya vida se analiza en el capítulo final—, dio apoyo al régimen hasta el extremo de denunciar a su hermano a las autoridades por realizar actividades que ella consideraba antinazis. Aun así a la postre,

irónicamente, fueron precisamente sus papeles como mujer, esposa, madre y abuela los que se sumaron para distanciar a Luise Solmitz del régimen.»

Leni Riefenstahl

«[La cineasta] Riefenstahl procedía de la clase de ambiente conservador, protestante, de clase media baja donde el antisemitismo era habitual. El padre, Alfred, y la familia eran artesanos o pequeños empresarios, modestos y esforzados; el boom de la construcción que se produjo hacia el cambio de siglo permitió que su negocio (dedicado a la ventilación y calefacción domésticas) prosperase.»

«Riefenstahl siempre insistió en que la había fascinado el hombre, no su mensaje. Defendió su inocencia política, afirmó haber tenido muchos amigos judíos y rechazó el núcleo racista de la ideología de Hitler. Lo decisivo, para ella, había sido la promesa de acabar con el desempleo; su ideología le parecía una estratagema electoral.»

«Ya anciana, en la entrevista para un documental de la BBC, equiparó su vida a la de la inmensa mayoría de los alemanes normales y corrientes de los años treinta y primeros años cuarenta: “Soy una más de los millones de personas que creyó que Hitler tenía todas las respuestas. Solo vimos las cosas buenas, no sabíamos nada de las cosas malas que estaban por venir”. Esta disculpa era simplemente mentira, puesto que ya en 1933 “las cosas malas” no solo “estaban por venir”, sino que los camisas pardas de Hitler estaban asesinando ya a comunistas, socialistas y judíos en las calles de Berlín y otras ciudades alemanas; los comandantes y guardias de los campos de concentración ya habían iniciado su ocupación brutal y sádica; Hitler ya anulaba las libertades civiles y democráticas; ya se habían emprendido los preparativos para la guerra más destructiva de la historia. Otra afirmación insincera de Riefenstahl, a otro respecto, fue la de que Hitler “representó la mayor catástrofe de mi vida”. En su momento, nadie lo habría dicho: su encuentro con el dictador nazi la convirtió en una de las poquísimas mujeres que ascendieron a una posición de prominencia real dentro del Tercer Reich.»

«En realidad Hitler era un entusiasta del cine y admiraba a aquella estrella (“lo más hermoso que he visto nunca en una película —le había dicho a un miembro de su séquito, antes de que la carta hubiera llegado a su buzón— ha sido el baile de Riefenstahl junto al mar en *La montaña sagrada*”). Se encontraron en Wilhelmshaven, el 22-23 de mayo de 1932, y sintonizaron tan bien que Hitler, según las memorias de Riefenstahl, le habría dicho: “Cuando lleguemos al poder, tú tienes que rodar mis películas”.»

Luise Solmitz

«Luise Solmitz redactó un diario a partir de 1905 y cada año llenaba un cuaderno de 700 páginas con su escritura diminuta, poco espaciada y ciertamente difícil de descifrar. Siguió escribiendo con el mismo ritmo e intensidad durante las décadas posteriores, lo que convierte sus diarios en una de las fuentes más voluminosas y detalladas sobre la vida cotidiana en la Alemania de la primera mitad del siglo XX.»

«Como muchos otros alemanes de la clase media, estaba dispuesta a aceptar casi cualquier medida que los nazis adoptaran, si la podían justificar con los fines del mantenimiento del orden y la supresión de las amenazas revolucionarias.»

«Le disgustaba tanto la violencia callejera de los nazis durante los primeros años de la década de 1930 como las tendencias que calificaba de “socialistas”. Fue votante resuelta del Partido Popular Nacional, pero después de escuchar a Hitler en un mitin (en Hamburgo, en 1932), su retórica la sedujo; acogió con alegría que lo nombraran jefe de un gobierno de coalición, dominado por los conservadores, el 30 de enero de 1933. Pensaba que suponía la unión de los nacionalistas, de todo pelaje, con la intención de restaurar el orgullo nacional [...]. Tras participar en un desfile con antorchas, el 6 de febrero de 1933, reconoció sentirse “como borracha de entusiasmo”. Contó que las filas apretadas y uniformada de los camisas pardas nazis entonaban cánticos de “¡Weimar es una mierda!”. Se llevó con ella a [su hija] Gisela, para que “pudiera sentir por una vez qué significa la Patria”. “También se oyeron gritos de “¡Muere, Judá!”, entre canciones sobre la sangre judía que deberá manar de los cuchillos”. Cuando dictó esta entrada, varias décadas más tarde, añadió: “¿Quién se tomaba eso en serio, entonces?”.»

«Lo que agudizó las críticas de los diarios de Luise —con lo que, más allá de la desilusión con Hitler y el Tercer Reich, un sentimiento que hacia 1943 compartían millones de alemanes, se pasó a la emoción del odio, que en abril de 1945 era aún relativamente escasa— fueron dos influencias que no solo estaban específicamente asociadas a su género como mujer, sino que fueron particulares de los papeles de Luise como esposa y madre. Se trata de la preocupación por el nieto y el temor —casi insoportable— a que la vida del bebé pudiera concluir cuando apenas había comenzado, todo por la demencial insistencia de Hitler en iniciar una guerra que Alemania no podía ganar. A esto se añadía una segunda influencia, más prolongada en el tiempo: la situación de Luise como esposa no judía de un judío alemán.»

Conclusión

«En fechas muy recientes, diversos historiadores han expuesto la idea de que los doce años de la Alemania nazi fueron un capítulo en las prolongadas “dificultades” de los alemanes con la democracia, y que el calificativo más idóneo para el régimen de Hitler es el de una “democracia iliberal”, tomando prestado un concepto con el que el político populista y autoritario Viktor Orbán ha descrito su forma de gobernar Hungría. Todos estos argumentos subestiman gravemente la profundidad y amplitud de la coerción y la violencia a las cuales los nazis recurrieron para someter a los alemanes.»

«El Tercer Reich no fue ninguna democracia, ni “iliberal” ni de ninguna otra clase [...]. el “carisma” de Hitler se ejerció en el marco de este sistema total de vigilancia y control, y lo crearon las proyecciones de su poder por medio de una propaganda incesante y omnipresente. No había prensa libre, ni justicia independiente, ni alternativas políticas, ni gobiernos locales con libertad de acción; no había ninguna otra entidad, fuera del Partido Nazi, salvo las dos excepciones — cada vez más hostigadas y frágiles— de las Iglesias y las fuerzas armadas. El régimen nazi no fue una dictadura generada y mantenida por el apoyo popular; no fue una “dictadura consensuada”, pues el consenso no es tal cuando no se da con libertad y no se puede rescindir o retirar con esa misma libertad.»

«En realidad, la idea de que el Tercer Reich gozó de una aceptación común como “comunidad nacional” adolece del defecto de no diferenciar entre los grupos sociales. Por ejemplo el Tercer Reich fue más popular y gozó de mucha aceptación entre los jóvenes, influidos por las escuelas, las Juventudes Hitlerianas y la penetración de los nazis en las instituciones sociales; pero no tanto entre la población anciana o de mediana edad, cuyos valores e identidad social se habían forjado antes de 1933.»

«El adoctrinamiento logró que una mayoría adoptara como razones esenciales para combatir, de una forma sostenida en el tiempo, la adquisición de “espacio vital” y la “batalla contra el bolchevismo”. Una minoría numerosa —de más de un tercio de los implicados— también expresó la convicción de estar luchando contra los judíos, a los que además responsabilizaban del estallido de la guerra. La disposición de los alemanes normales y corrientes, de los miembros de las fuerzas armadas y de los hombres de la SS a participar en las masacres se vio reforzada por un sentimiento de lealtad hacia los camaradas y por la constancia de que lo que hacían era objeto de la aprobación —más aún: el deseo— del Estado al que servían; por lo tanto, aunque eran conscientes de que lo que hacían transgredía las normas morales aprobadas por el resto del mundo, sabían que recibirían la absolución.»

CRÍTICA

Laura Fabregat Farran

Responsable de Comunicación

Área Ensayo

682 69 63 61 /

lfabregat@planeta.es